

RELIGION Y PATRIA

Fundado en el año 1906

Gijón, abril de 1959

Núm. 1.082

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1.50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LOS DESPOSORIOS DE LA VIRGEN MARIA

ESTAMPAS BIBLICAS)

III

Los tres meses transcurrieron pa-
a entrambos Desposados; sus pa-
entes animados y muy contentos
quisieron preparar, y así lo hicieron,
las fiestas más importantes, más lu-
cidas, más brillantes; un miércoles
fue elegido. JOSE ya había acudido
desde Nazareth, el día antes.

La luna en cuarto creciente exten-
día suaves reflejos sobre los limpios
espejos del mar galileo en su frente
cuando una alegre y bullente gran
multitud de doncellas ricamente to-
das ellas ataviadas, se dirigía a la
casa de MARIA entonando estrofas
bellas.

Las antorchas que portaban man-
teos asalariados, con túnicas en-
ceñadas, parpadeantes alumbraban
con lumínico vaivén las calles de Je-
rusalén, (Ciudad de Amor y Amara-
uras), y las estrechas ruas que al
cruzar se ven.

Los cinturones de oro al talle; tias
de Persia para cubrirse en la
Iglesia y en las frentes, por tesoro,
pedecillas de avalorio traían las hi-
jas de Sión, siendo mágica ilusión
las mil chispas brilladoras, cente-
nantes, cegadoras, causando gran
reducción.

Ya están ante el domicilio de la
Perfecta Casada, de María Inmacu-
lada llena de gracia y cariño. Un
blanco palio de armiño aguardaba
allí a la Esposa. La Virgen, divina
rosa, al punto se presentó y al palio
se encaminó en actitud ruborosa.

Las arpas y chirimías de afama-
dos tañedores, lanzaron animado-
s delicadas armonías. Desbordian-
tes de alegría los amigos y parientes
agitaron impacientes en señal de
regocijo ramos de palmera y mirto,
goceando entusiastamente.

Cuatro jóvenes hebreos las varas
del palio asian; rítmicamente se-
ñalan marcando sin titubeos sus pa-
sos de cirineos al bajar rasante cues-

ta. MARIA en traje de fiesta, blanca
túnica y manto azul, y al rostro un
velo de tul cúbrele hombros y ca-
beza.

Sus antiguas compañeras las Vir-
genes del Señor, formaban Corte
de Honor mostrándose placenteras;
dos con MARIA, las primeras. Tan
notable comitiva rompió marcha
evolutiva hacia el Templo; yendo
delante José, mostrándose hablante;
rodeado de amigos iba.

Gritos de alegría sonaron, escu-
chándose romanzas, y las más típi-
cas danzas comenzaron. Las muje-
res derramaron esencia fina, olo-
rosa sobre las galas de Esposa y en-
tierra a su paso flores uniéndose
con fervores a aquella fiesta rum-
bosa.

—¡Bendita mil veces la descen-
diente feliz del muy Santo Rey Da-
vid! — por doquier se clamorea. Gran
muchedumbre rodea la plaza y gra-
das del Templo para ver el digno
ejemplo de unas singulares bodas;
ansiosas las gentes todas porque
llegue aquel momento.

Tan pronto vieron llegar en la
claridad del día junto a José y María,
comienza a vitorear todo el público
a la par con acentos que conmueven:

—¡Benditos sean los que vienen!....
¡Gehová los colme de gloria! ... — Y
surgen en la memoria razones que
nos convencen.

¿Cómo ha de clasificarse a queste
placer inmenso, este gozo tan in-
tenso, esta alegría rebotante que
nos inunda insinuante alma y co-
razón de té, en las bodas que allí
se celebrarían con venturas de dos
humildes criaturas como María y
José?

Dios Padre, todo ternura, que a
la Madre de Jesús reservábale una
cruz, la más dolorosa y dura, la ca-
lle de la Amargura, darla quiso el
parabién de entrar en Jerusalén co-
mo un día su Hijo, triunfante, a
cambio del lacerante Gólgota que
ha de tener.

Ante la puerta central de la Igle-

sia, el patio abierto y con sedas re-
cubierto, solemne ceremonial como
era de ritual, bajo su rico entoldado
recibió engalanado a los augustos
Esposos; cesando los bulliciosos
holgorios que habían causado.

En dos butacas de cuero, de da-
masco tapizadas y flores blancas
bordadas, e incrustaciones de acero
en el respaldar frontero, MARIA y
JOSE ocuparon aquellas y se senta-
ron. La Virgen la cubre un velo, y el
Patriarca por el cuello su *talet* lleva
embozado.

JOSE la mano a MARIA tomó con
veneración, y en el dedo corazón
otro anillo le ponía y al propio tiem-
po decía:—Hé aquí, *tú eres* mi mujer
según el rito de Israel y de Moisés el
profeta.—«Extiende sobre tu sierva
el lienzo de tu *talet* José»—díjole con
voz pausada el Pontífice presente;
contestándole prudente ya la pren-
da desarrollada JOSE, aquel justo
Patriarca:—Al instante obedecido
serás.—Y el lienzo extendido que en-
tre sus manos tenía, cubrió con él a
MARIA la cabeza, acto seguido.

Un pariente se acercó tras cere-
monioso paso con una jarra y un
vaso. De vino el vaso llenó y a sus
labios lo aplicó, dándole a probar
después a los Esposos también,
quienes un sorbo tomaron pero que
no secundaron, pues se abstentaban
de beber.

La suprema autoridad eclesiásti-
ca, en su anhelo por el bien, arrojó
al vuelo una buena cantidad de tri-
go, augurio en verdad de abun-
dancia. Y bendecido que hubo al
pueblo allí reunido, el nupcial acto
acabó y el festival comenzó nume-
roso y muy lucido.

En tanto los convidados al jolgo-
rio se entregaban y unos y otros
conversaban entre sí muy anima-
dos, los Esposos, recatados breves
instancias no más. JOSE a MARIA:
*Tú serás para mí la madre que hon-
ré, y yo te respetaré como al altar de
Jehová.*

Hubo fiestas y alegría siete días
consecutivos. Se hicieron prepara-
tivos de marcha al octavo día, y el
Matrimonio partía camino de Na-
zareth; pero acompañándole parien-

tes en tal jornada, con lágrimas despidiéndose.

Nazareth, la Ciudad Santa, bella flor de Galilea que un viento suave la orea y un plácido sol la encanta, recibió amorosa y grata a los dos castos Esposos. MARIA y JOSE muy gustosos ocuparon la casita de Santa Ana, pequeña, felices siendo y dichosos.

El humilde carpintero ejercía su profesión en modesta habitación de planta baja. Un tablero servíale de secadero contra frecuente humedad de la lluvia o tempestad que en el suelo se filtrase. Herramienta de toda clase quedaba en seguridad.

Dicha habitación o cuarto de trabajo del Patriarca, para el banco, sierra y arca, más la madera cortada, tenía seis pies de ancho por otros tantos de largo, y separado se hallaba de la casita de Ana como unos setenta pasos del que su Esposa ocupaba.

Caritativo en extremo JOSE, levantado había con acierto y maestría de su taller sobre el techo una especie de tendal hecho con ramaje de palmera, a cuya sombra pudiera todo viajero cansado reposar allí sentado sobre bancos de madera; agua fresca con que apagar la sed que le había agotado; sabroso pan amasado por la Virgen, para saciar el hambre que hacía delirar; y un buen artesano afable, que sonriente y amable ofrecía su pobreza con magna delicadeza a todo necesitado que se acercaba a su puerta.—Lo que estaba profetizado se cumpliría con presteza.

Por la adaptación;
Moisés García Fernández

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y Jesús de Nazareth, encontrando a dos discípulos suyos, en el camino, se acercó a ellos, diciéndoles:

—¿Qué conversación es esa que tenéis entre vosotros, que estáis tristes?

Y sorprendidos de que nada aparentase saber, le explicaron los trágicos sucesos de aquellos días.

Y llegando a la aldea donde iban, le invitaron a cenar. Y cenando con ellos, tomó el pan en sus manos, lo bendijo y lo partió, y se lo daba a ellos.

Entonces se abrieron sus ojos y le reconocieron. Mas El desapareció de su vista. Y estupefactos se decían:

Pero, ¿cómo no le hemos conocido antes?

Y sin embargo, Dios, está muy cerca de nosotros y no lo vemos. Sentimos su presencia. Nos la manifiesta constantemente. Unas veces es la desgracia que se presenta en nuestra casa. Otras es el acontecimiento extraordinario que conmueve los corazones. A veces, es una llamada, que sólo escucha el alma, pero que es Dios quien llama. Es en una Cuaresma que tuvimos la dicha de contemplar una imagen, una oración, un sermón, un momento emotivo de la misma.

Es simplemente, una representación de Cristo en la Cruz, que desfila silenciosa por la calle. El silencio parece más intenso, las luces brillan más, Cristo parece aún viviendo los últimos momentos en su Cruz, y pasa cerca de nosotros, y recogemos una mirada, la mirada de Dios, que nos llama.

Cristo en la Cruz, con los brazos abiertos, es una llamada constantemente a los hombres. Tiene los brazos extendidos. No quiere dejar de tenerlos así, porque así su clamor y su llamada es permanente. Y siempre, siempre, espera con ansias de perdón y misericordia. No adivinamos su presencia, y como

los discípulos de Emaús no nos damos cuenta hasta que le vemos partir el pan ante nosotros.

Acércate, cristiano, hasta la Cruz. Entra en esa Iglesia cercana. Llégate hasta El y míralo. Sentirás su presencia. Y El hablará a tu corazón. Escúchalo. Te habla. ¿No lo oyes? Te llama.

No esperes que se presente ante ti con todas sus potencias. El se acerca a ti, a través de tu alma. Ella lo presiente, no cierras tus ojos a la luz. Abrelos a la fé, y póstrate a tus pies, y allí encontrarás la verdadera liberación. Esa libertad que buscas hace tanto tiempo. Esa felicidad que no alcanzas, ni con tus riquezas, ni con tus felicidades humanas. Esas ansias de vivir que solo puedes encontrarlas en la paz con Dios.

¿Oís sus palabras?. «La paz sea con vosotros». Es su gran ofrecimiento. Eso desea a todos los hombres de buena voluntad.

«Y hoy como ayer, te he conocido, en la manera de partir el pan».

R.

EL CAMINO DEL AMOR

Aquella noche llegó Elena a su casa con el corazón hecho un paraíso.

Como solía, se lo contó todo a su madre.

—Mamá, soy feliz.

La señora Adelaida sintió en su alma maternal el eco de la felicidad de su hija, pero, de vuelta ya en el camino de la vida, su gozo no pasó de una agradable impresión:

—¡Feliz! Es muy grande esto de ser feliz. Pues, ¿qué te ha pasado? ¿Quién es él?

—Eres una adivina, mamá. Sí; se trata de un asunto de corazón....

—No se necesita ser adivina, hija. Estos asuntos os hacen felices a las mo-citas de veinte abriles.

—Pues, es Antonio.

—¿Qué Antonio?

—¿Qué Antonio va a ser?... ¡Antonio!

—Sí, claro—sonrió la madre—; para tí hay sólo un Antonio en el mundo....

—Antonio, el hijo del médico, el abogado, el prefecto de los Luises.

—Bueno, bueno. Y ¿que te ha dicho?

—Oh, decirme, como decirme, no me ha dicho nada, pero ... ¡me ha mirado de un modo!

—¿Ya sabes que es corto de vista? A ver si te va ha confundir con Gabriela ...

—Pero, mamá... ¡Si Gabriela es rubia y yo soy morena! Mamá, siéntese a mi lado y se lo contaré todo.

Y le refirió cómo aquella tarde de junio había ido a la fuente con su her-

mana Gabriela y cómo allí habían encontrado a Antonio, quien desde el primer momento se había mostrado prendado de ella, no dejándola un instante.

—Elena—había sido la despedida—; he pasado una tarde deliciosa... He descubierto un nuevo mundo....

—Sí, vamos—comentó la madre quitando importancia—; que a quien has encontrado ha sido a Cristóbal Colón...

—Bueno, mamá... Si se burla, me callo, y no le cuento ningún otro secreto de mi vida...

E hizo un gracioso mohín de protesta.

—Bueno, bueno. ¿Y qué nuevo mundo es ese que ha descubierto? ¡Si os conocéis desde que erais chiquillos! ¡Las veces que te castigó tu padre, que santa gloria haya, porque en lugar de estudiar perdías el tiempo jugando con él, cuando erais todavía dos renacuajos....

—Es verdad, mamá. Muchas veces hemos hablado, claro está. Pero... hoy, me he sentido otra. Le he visto de una manera diferente. Siempre le había hablado con naturalidad, como a un amigo cualquiera; pero esta tarde, en cambio apenas me salían las palabras... Incluso me he puesto colorada... En fin, mamá, yo pensaba que usted entendía de estas cosas....

—A propósito de colorada... todavía lo estás. Parece que el sol se te ha entrado en la cabeza. ¿Te encuentras bien?

Siento un poco de dolor en las sienes... pero ¡qué importa, si soy tan feliz! Apenas si me doy cuenta... —y abrazó gozosa a su madre, besándola abundantemente.

Calló unos instantes sonriendo. Parecía recordar todas las escenas de aquella tarde.

—¡Cómo hemos disfrutado! Hemos hecho cada tontería!... Nos hemos metido de pies en el riachuelo de la fuente y hemos cogido pececillos y... ¡fíjate!; incluso nos hemos tragado varios unos muy pequeñitos...
Y fueron a descansar. Pero Elena no pudo dormir. Sentía un malestar enorme en todo el cuerpo. La cabeza le dolía fuertemente y le parecía como si una garrapata le estuviera mordiendo los intestinos.

No hubo más remedio que ir a buscar al médico.

Este, que era el padre de Antonio, nada sabía de las relaciones de su hijo con la paciente. Después de examinarla detenidamente tomó un blok de notas y escribió una receta. Después salió de la habitación sin decir nada. Aquél silencio llenó de recelo a la pobre madre:

—Señor doctor ¿está grave mi hija?

—Es prematuro formular un juicio definitivo. Por de pronto se puede afirmar que padece una fuerte intoxicación. No pudieron nunca los médicos explicar el origen de su enfermedad, pero los pocos días condenaron a muerte a la niña declarando que se trataba de un caso de leucemia, de cáncer en la sangre. Antonio la había visitado ya un par de veces. Hoy la señora Adelaida los dejó solos, si bien creyó deber seguir su conversación:

—¡Hola! —empezó ella con voz emocionada por el cariño y la pena.

—¡Hola! —contestó el joven esforzando la sonrisa sobre su cara pálida.

—¿Cómo me encuentras?

—Muy bonita.

—Antonio no digas eso... Sé que soy muy enferma... Que me voy a morir pronto.

—No hables de morir, Elena. Eres joven y podrás reaccionar. ¿Qué es lo que tienes, en definitiva?

—¿Tú me lo preguntas? ¿Es que no lo ha dicho tu papá?

—No me he atrevido a preguntárselo a nadie. Tengo miedo.

Y le tembló la voz.

Elena le miró a los ojos. Los tenía muy medecidos.

Hubiera querido animarle, pero se sintió impotente. También ella estaba profundamente impresionada. Respiró con mucho aliento.

—Mi mamá cree que no sé lo que me pasa... Una niñita vecina lo ha oído cuando ella hablaba con el médico, y me lo ha dicho: ¡Estoy leucémica! —terminó dolorosamente.

Antonio sintió una puñalada en medio de su corazón.

—¡No!

—¡Sí, Antonio! Ya lo ves; ahora que empezaba a ser feliz... —y se mordió los labios. Había revelado sin darse cuenta el secreto de su corazón.

—No, Elena. No es posible que te preocupes. Yo... yo... no podría vivir sin ti...

—Parecía como si los dos se diesen cuenta de que habían de ir aprisa. La

Al Angel sentado en el sepulcro vacío

✱ Angel de ojos sonrientes,
vestido de blancas galas,
que alegre bates tus alas
al ritmo de un fuerte amor.

Que feliz y que nervioso
sentado estás en la losa
que antes cubría una fosa
donde estaba tu Señor.

Tú que le viste de gloria
llego a salir de la oscura
tumba y sonreír con dulzura
celestial en el mirar.

Dime si estás orgulloso
del cargo que te han confiado
y si temblaste admirado
al verlo resucitar.

Y te sonríes dichoso,
y te callas extasiado;
ni sabes que he preguntado
ni mides tu confusión.

Feliz tú con tu secreto;
¿cómo te envidio, Angel Santo
ese temblor, ese encanto
que late en tu corazón.

Hermenegildo Rodríguez

muerte urgía. Antonio estaba consternado. Elena hizo un esfuerzo supremo para consolarle:

—Hoy me he confesado y comulgado. El Padre me ha dicho que el dolor es el mayor de los dones de Dios. Y... el que más santifica. Sólo el dolor redime — me ha dicho. Y ha añadido:

—Si has de morir puedes hacer mucho bien aceptando la muerte, que es el mayor sacrificio...

Yo he sonreído y le he contestado...

—No, Padre. No es morir el mayor de los sacrificios. El sacrificio mayor para mí es... renunciar al amor cuando acababa de sonreírme, cuando acababa de florecer como una primavera en mi corazón...

El Padre se ha impresionado y con voz temblorosa me ha dicho:

—Sí, dices bien, hija mía. Hay sacrificios mucho más duros, que la muerte... Ofrecele, pues, el sacrificio de tu amor... Es el sacrificio de los sacrificios...

Yo entonces me he sentido muy animada. Sí; ofrecería el sacrificio de mi amor a Jesús... Pero, luego, he pensado en tí, en tu sacrificio... Y... he llorado...

Antonio, superando su dolor, dominó el llanto que subía por su garganta, sonrió dulce y tristemente, diciéndole mientras le apretaba la mano:

—No, Elena. Si es lo más amargo morir cuando el amor nos sonríe; lo más duro es vivir cuando el amor ha muerto para siempre...

—Antonio —le animó la niña con una mirada angelical y con una voz llena de sublime serenidad y dulzura—, Antonio, cuando yo me muera... te quedará... el amor de Jesús... el amor que nunca muere.

Y no sé por qué, los dos fijaron los ojos en la pared, donde el marco de los cristales de la ventana proyectaba la sombra de una cruz a la luz del sol poniente.

R. P. Tomás L. Pujadas, C. M. F.

Remansos de paz

Nazareno, yo soy carpintero como tú, tengo influencia con los romanos, y por eso me dan algún trabajo que otro.

Me vinieron con el encargo de una cruz para la hora prima, y aunque el tiempo era justo, el sonido de la bolsa que agitaron ante mí me hizo aceptar el trato, y la hice trabajando sin descansar.

Vengo desde el Pretorio siguiendo tus pasos, intentando hablar contigo, y hasta ahora que has vuelto a caerte, no he podido acercarme a decirte nada.

Cuando te dieron el madero en el cuerpo de guardia y te abrazaste a él con la humildad del esclavo, ya llamaste mi atención. Pero cuando tus ojos buscaron los míos, he sentido tan gran llamarada, aquí en el pecho, que no sé cómo, ni por qué, te vengo siguiendo, sin encontrar la forma de separarme de Ti.

Creeme que si llego a saber que era para Ti esta Cruz, no la hubiera hecho tan larga ni tan pesada,

Yo nunca te he visto, y sólo te conozco de oídas, y nunca escuché a nadie palabras en contra tuya. ¿Por qué, pues, te llevan a la Cruz? ¿Qué hiciste de malo, Nazareno?

Te anuncia el pregonero como rey de los judíos; la gente se agolpa a mirarte; lloran las mujeres a tu paso y las gargantas enmudecen. ¿Quién eres y por qué te condenan, dí?

Si es verdad que predicabas en el Templo, y tienes unos discípulos, y obrabas tantos prodigios, ¿por qué no vienen los tuyos a defenderte? ¿Dónde están los portadores de palmas y ramos, y aquellos que te aclamaban tan sólo hace unos días?

Jesús, carpintero de Nazaret; siento vergüenza de ser yo quien hiciera tu Cruz.

No te ofendas demasiado conmigo, que todo fué por este amor tan grande que le tengo al dinero, pero no por lastimarte a Tí.

Para que veas cuanto me duele tu martirio, te acompañaré hasta el Calvario y allí estaré contigo mientras puedas mirarme con esa dulzura que tienen tus ojos.

¿Por qué me has mirado así, Nazareno? Dime: ¿Por qué has hecho eso? Desde entonces tengo apretada la sangre en el corazón y me siento furioso de tu desgracia.

Cuando hayas muerto, bajaré a mi

taller y con la ganancia de tu Cruz compraré sándalo; haré muchas cruces pequeñas y las repartiré entre tus discípulos, y así tendrán un recuerdo de tu Pasión y tu Muerte.

Para mí no quiero nada; si pudiera olvidar el daño que sin pensar te hice, creo que me bastaría para recuperar mi sosiego.

Entonces, yo mismo, que apenas te conozco, sólo guiado por este fuego que siento en mí, saldría afanoso por los caminos pregonando a la gente:

—Aquel que murió en la Cruz era Hijo de David. Yo lo he visto y lo vieron mis propios ojos.

V. M. M.

Comentando

LA DEVOCION al PAPA

En el rosal florido de las devociones de la Iglesia, luce, como flor lozana y bella la flor de la devoción al Papa. Tan antigua como la misma Iglesia, esta devoción encierra en sí la más exquisita de las dulzuras y la más profunda de las ternezas. La devoción al Sumo Pontífice, significa una unión y una veneración especiales, solamente comprendidas por quienes efectivamente son católicos.

Es el Sumo Pontífice la realización de todas las aspiraciones del hombre en el interior de su vida espiritual. Se le quiere y se le venera, porque es el Cristo vivo en la tierra, y es la luz del Espíritu Santo que se derrama sobre nosotros y nos acaricia con la fecundidad de sus destellos. Pero no es a la persona del Papa a quien sentimos devoción filial. Es al Vicario de Cristo. Pero sí es a la persona del Papa al que nos une esta misma devoción que acabo de negarle. Porque en esa persona, sabemos ver con los ojos abiertos al cielo, no solo al hombre, sino al hombre que en sí lleva virtudes celestiales. Su persona emana un algo que no sabemos definir, pero que comprendemos perfectamente, que hace que su figura resplandezca con un halo luminoso especial, que la distingue de todas las demás de esta tierra.

Al Papa se le venera, se le quiere, se le admira, se le respeta, pero sobre todas estas cosas, que ya de por sí son ex-

traordinarias, al Papa se le obedece sin discusión y se le cree por encima de la vida. Y esto sí que nadie, por venerado que sea en este mundo, lo puede contar. El Papa es algo aparte de todos los demás. Su venerable figura, por humilde que sea y llámese como se llame, aún en los sitios en que se le maltrata, resplandece delante de todos, amigos y enérgicos, con una innegable superioridad, que no es otra cosa que la misma veneración universal que recoge de católicos y no católicos.

Y esto, aunque el mundo no se dé cuenta de ello, es devoción. Esa devoción que los católicos sabemos distinguir y apreciar, y que los de enfrente sienten y no se explican. Devoción al Papa, que es la savia medular de una fé que en su palabra se ampara, de una esperanza que él anima, y de una caridad que a sus auspicios se practica.

Devoción santa y única en su especie, ya que se trata de una devoción profunda y distinta de todas las demás, ya que ésta va encaminada a una persona viva, mientras que las otras, todas ellas, tienen como blanco y fin a los bienaventurados.

Antigua Funeraria

— DE —

Feliciano Rodríguez

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40 Telf. 17-20
GIJON

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Devoción distinta de las otras, porque en todas ellas el motivo es de petición o agradecimiento, y en esta es de simple veneración y amor filial.

Devoción al Papa. Devoción grandiosa, que es uno de los más gloriosos adornos del vergel de la Iglesia. Devoción única, que sólo nuestra Santa Iglesia puede tener y sentir, y de la que en todas las demás confesiones se siente envidia, porque no tienen una persona por la que se puede humanamente sentir esta devoción.

HERO

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

● *Imprenta*
«La Versal»
Merced, 49 - Teléfono 2331

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)

IMP. LA VERSAL - GIJON